

A los sanitarios de Málaga y su provincia

Vuestros hermanos de esta hermosa y desgraciada villa de Alhaurín el Grande intentan hoy despertar la dormida conciencia y aligerar la plúmbea gravedad de espíritu de la enorme mayoría de compañeros rurales, pobres descendientes de la sangre de Abel.

Meditad, camaradas, en lo que es nuestra existencia en el mísero e ineducado ambiente de los pueblos andaluces. En servicio permanente, sin fiestas ni permisos que disfrutar; a disposición del pobre y del rico durante las 24 horas; a «lomos de un mal rocín» en la oscuridad de la noche fría y lluviosa para asistir al parto o contener la hemorragia de algún desgraciado ser que habita en las cercanías del infierno; en contacto diario con la cochambre del suburbio o acechado por el descuido séptico del Laboratorio; vapuleado por vecinos y comadres cuando la rapidez de la asistencia no es tan fulminante como ellos la exigen o los resultados de la intervención no fueron a medida de sus deseos; a merced de los más caprichosos y absurdos ukases de los tiranuelos del agro; sin una satisfacción moral, ni una prueba de gratitud de los más obligados a ofrecerla; y como premio de esta serie de sacrificios y de renunciaciones... la «patada» cierta y el hambre en perspectiva.

¿Creéis que esto puede seguir así, compañeros?

¿Hemos de ser los sanitarios una excepción entre todos los obreros del mundo? Nosotros, que no pedimos ni aumento de sueldo ni disminución de horas de trabajo, ¿no vamos a poder exigir ni siquiera el pago puntual de nuestros exiguos haberes?

¿Hasta qué extremos de impotente degradación ha llegado la clase sanitaria andaluza! Porque nos ponemos una corbata nos catalogan entre los burgueses, sin comprender, en la ignorancia rural, que esa corbata no es en nosotros emblema de burguesía, sino símbolo del dogal doloroso que nos echaron al cuello el día que salimos licenciados de la Facultad.

Y lo más triste, lo más vergonzoso, es que nosotros mismos tengamos la culpa de nuestra desdicha. En vez de defender al com-

pañero, nos regodeamos con la ofensa que le infiere el cliente y lo atacamos con saña. El compañero nos devuelve el golpe y a la postre viene a ser el resultado la ruina de todos y el descrédito público de la Santa Religión que profesamos: «Paz y salud entre los hombres».

El principio tan evidentemente salvador de que agrupados en estrecho haz y unidas las manos leales nos redimiremos de nuestras culpas y de nuestra penuria, no ha podido entrar todavía en el cerebro de la ilustrada Clase Sanitaria. Y no hay más que un camino a seguir: el de Sevilla.

En Sevilla, el corazón siempre candente de la Bética, está la cédula de la regeneración sanitaria, con su protoplasma de valientes Federaciones, de distrito y su núcleo de diamante: Jesús Centeno.

Se engañan los que creen que esta Federación ha de atacar o deslucir a las asociaciones oficiales o particulares de cada rama sanitaria. Todas ellas, han de recibir el refuerzo vivo y activísimo de la Federación andaluza y ésta sola hará que en su seno se compenetro los sanitarios de las distintas variedades, tan expuestos al exclusivismo en sus peculiares asociaciones.

¡Sanitarios malagueños! ¡Vamos a la unión estrecha, leal y generosa! En Septiembre se celebrará nuestra gran Asamblea en Antequera. Acudid a ella, aun haciendo el mayor sacrificio. Enviad adhesiones fervorosas aquellos que materialmente no puedan asistir. Allí se quemarán, no lo dudéis, las escorias de nuestras almas y saldrá limpio y refulgente el principio de la fraternidad sin reservas mentales; único modo de que la función sanitaria alcance su debido nivel de dignidad y de que seamos respetados por seres ignorantes y cretinos de menor cuantía.

Alhaurín el Grande a 16 de Agosto de 1932.

Francisco Pérez, Francisco Molina, Miguel Sánchez y Francisco

Burgos, médicos, Ramón Cansino, Jesús Peñafiel y Juan Vázquez del Río, farmacéuticos; Antonio Aragonés y José Albarracín, practicantes.

(De «Federación Sanitaria»)

Mi comentario

Desde la primera a la última sílaba, suscribo el anterior manifiesto de los simpáticos compañeros de Alhaurín el Grande. Lo sensible es, que sus lamentaciones caigan en el vacío como todas cuantas hasta la fecha se han lanzado, como resultado de la incompreensión de una clase suicida, empeñada en aniquilarse y destruirse sin que pueda evitarlo cuantos esfuerzos oponen a ese cataclismo final, compañeros tan nobles y tan buenos como esos abnegados malagueños. ¡Con lo sencillo que sería alcanzar el bienestar en un momento!

Pero no hay que desmayar, amigos míos. Es de absoluta necesidad continuar el camino, sin preocuparnos por el resultado. Es la mejor ofrenda que podemos hacer a ese inimitable compañero, tan incomprendido aun, llamado Jesús Centeno. ¿Que nada conseguimos? No importa. ¿Os parece poco conseguir habernos apartado de la manada de primos que constituyen nuestra desventurada clase? ¿Creeis que no es triunfar, saber, que si la clase médica es hoy la cenicienta y la burla de toda la población española, no lo es con nuestra colaboración, con nuestra complicidad ni por nuestra indiferencia? Vaya si esto es triunfar.

Seguid pues el camino que Centeno nos marcó, compañeros, que es un camino que honra, que dignifica, que ennoblece. Pensad que no vais solos, que os seguimos todos cuantos nos hemos dado cuenta de lo digna que es nuestra profesión. Si los que han tenido la desgracia de no enterarse aún de lo que es la profesión que ejercen no os siguen, no os importe. El mal es para ellos, tanto porque se lo hacen así mismos como porque nos lo hacen a nosotros, en pago de lo que por su redención luchamos. ¡Desgraciados!

Seguid, seguid pues compañeros. Ayudémosnos unos a otros a llevar la carga. Aunque solo sea pensando en que obrando de este modo, contribuimos a endulzar la amargura de la vida a quien, sin esperar recompensa, lo sacrificó todo por nosotros: a Jesús Centeno. ¿Os parece poco triunfo?

H. DOMINGUEZ

Parece ser que el Comité Ejecutivo piensa organizar un banquete monstruo a título de agasajo por lo que nos han hecho con la aprobación de la ya famosa Ley.

Si, ¿eh?

Pues vamos a faltar muchos a él. Precisamente por eso, *por lo que se nos ha hecho*.

Si fuera por lo que *se nos vaya a hacer*.

Pero en fin, venga ese banquete, que aunque no asistamos a él, procuraremos en cambio comentarlo con salsa.